

Camino de soledad

EL Senado de los Estados Unidos volverá a considerar dentro de pocos días el tratado de Versalles que tiene en estudio y que sólo un milagro de patriotismo podrá salvar, pues con las reservas votadas antes del receso, está perdido sin duda alguna.

Los Estados Unidos son muy capaces por cierto, de ése y de otros milá-gros, ya que no hay país más sensible al ideal de justicia ni más sujeto a la razón. De aquí la confianza con que el mundo sigue esperando y, de consi-guiente, rindiendo el más alto home-naje a su rectitud y a su inteligencia.

Esta esperanza inspira sobre todo a la América solidaria, y puede añadirse que con su dejo de angustia. Es, en efecto, enorme, irreparable por muchos decenios quizá, lo que puede perderse, y para apreciarlo mejor, basta ver el impaciente regocijo de las fuerzas con-trarias. La reacción que ayer se caracte-rizaba como germanófila, y que hoy exalta su quimera política bajo un programa cada vez más definido de reincidencia virreinal, saca en el acto provecho de aquella complicidad ines-perada. Y fuera torpe no apreciarla en lo que vale. Ya consiguió, ayer no más, que la Argentina y Chile, por ejemplo, no acompañaran a los Esta-dos Unidos en la guerra contra el im-perio alemán, a despecho de los prin-cipios comunes. Ello fue consecuencia en gran parte de la desconfianza que había conseguido sembrar contra la doctrina de Monroe, explotando ciertas actitudes censurables de la diplo-macia de la Unión, como la que obser-va ante Colombia por mero abuso de fuerza. Pues si la política de aquélla ignora profundamente lo que pasa en la América latina, la reacción que de-cíamos no le pierde pisada, y aprovecha todos sus errores para desprestigiarla con rencorosa ironía. Esto redundo, como siempre, en desventaja del que ignora.

Mientras se trató de republiquetas in-significantes, devoradas por la guerra civil, su opinión pudo carecer de im-portancia. Mas ahora, al amparo de la propia doctrina de Monroe, cuyos in-calculables beneficios nunca sabremos debidamente agradecer, muchas de aquéllas se han engrandecido y cuentan ya como potencias en el mundo. Serán cada vez más poderosas, a no dudarlo; su concierto igualará pronto al grupo europeo para sobrepasarlo después, en virtud de posibilidades evidentes; y hé aquí el momento que los Estados Uni-dos elegirían para aislarse con soberbio desdén, transformando en imperialismo más o menos brutal—pues hipócritas no son, por ventura,—aquel fraternal

resguardo de la libertad americana. Jamás se vió paradoja más grosera: no hicieron imperialismo cuando nuestra debilidad lo habría posibilitado, y en-trarían a pretenderlo cuando no lo puedan ya imponer; cultivaron en el desinterés y en el honor una justísima influencia, y la sacrificarían sórdida-mente y la deshonrarían en el momento de su natural fructificación.

Porque nuestro afecto, nuestro gran-de y sincero afecto, no excluye la pers-picacia. Sabemos perfectamente lo que hay detrás de ese americanismo cerra-do que intenta poner sobre la liga de las naciones la doctrina de resguardo fraternal desnaturalizada en aislamien-to imperialista. Y como eso no puede producir otra cosa que la deserción de los Estados Unidos, su voluntaria ex-clusión del concierto americano, y con ello su hundimiento inevitable en el militarismo, su grandeza fatalmente condenada a derrumbarse bajola roe-dura del odio universal, los que somos sus amigos seguros en aquella región del perfecto desinterés, donde, a seme-janza de lo que ocurre en el azul per-fecto de la elevación, se ve claro porque no hay más que cielo, conceptuamos necesario decirlo por si de algo sirve, y aun cuando no: ya que la conciencia es como el perro fiel que no se le pue-de acallar sino con matarlo.

Una opinión honrada siempre vale cosa, pues tiene algo de la simiente excesiva que el árbol entrega al viento. Por eso hay que darla con despreocu-pación valerosa, y ya se logrará mucho si algún pájaro la pica, listo, al pasar. Necesito explicar con dos palabras

mi actitud aunque me repugne hacer-lo. Durante los treinta años que llevo de escribir, mi admiración y mi afecto a los Estados Unidos conserváronse invariables. Sus malas acciones, que algunas han cometido, pues hombre ni pueblo perfectos no existen en ninguna parte, nada disminuyeron mi fe. Las cualidades de la gran república son de tal modo superiores a sus defectos, que le dan, moralmente hablando, el primer sitio entre las naciones. Y así es como ejerce también por su eminencia incontestable, la representación natural de toda la América. Sólo quiero citar un hecho que define mi actitud: en el programa americanista de la «Révue Sud-Américaine», fundada en París bajo mi dirección, dije en 1914: «el panamericanismo carece de signifi-cación sin los Estados Unidos...» «La doctrina de Monroe debe pertenecer a toda la América y no a los Estados Unidos solamente». Y previendo la ca-tástrofe que debía estallar ocho meses después: «estamos con toda evidencia en vísperas de un nuevo conflicto aná-logo al de la Santa Alianza con la Eu-ropa liberal», preconizaba aquella ge-neralización de la doctrina que «es siempre la fórmula del panamerica-nismo».

Dicha colaboración significaba, como lo he explicado más de una vez, la in-tervención mutua por medio de infor-mes constantes y de acciones concordés que le dieran eficacia permanente. Así, uno de los hechos más notables en la materia, fue la mediación Murature que llevó a la conferencia de Niágara-Falls. Iniciativa histórica si las hay, cúpome interpretar en la citada re-vista (junio de 1914) diciendo: «La doctrina de Monroe ha dejado de ser un instrumento propio de los Estados Unidos para convertirse en la fórmula del Nuevo Mundo, así constituido en una poderosa entidad para honra de la civilización y de la justicia».

Este concepto superior, aplicado con verdadera maestría por el joven, pero ya maduro estadista, autor de la me-diación, era lo que obligaba nuestra solidaridad hacia los Estados Unidos cuando éstos entraron en guerra con el imperio alemán; conducta de sencilla lógica que el gobierno se obstinó en no comprender. De ahí la porfiada campaña que ocupa casi por mitad dos libros: «Mi beligerancia» y «La Torre de Casandra».

La intervención de los Estados Uni-dos en la guerra, dando por fundamen-to al nuevo derecho internacional los principios wilsonianos, y por instru-mento de su ejecución la liga de las naciones, colmó nuestras esperanzas, puesto que generalizaba para el mun-do entero la doctrina de Monroe en cuanto tiene de más elevado: la auto-determinación de los pueblos y la con-

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE Y Cía.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	\$ 0-50
La serie de 5 números, paga-da por anticipado y solicita-da a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	4-00 » »
La página de avisos, por in-serción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.